

Eduardo Pizarro

Las FARC (1949 -1966) de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha

Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional y Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1991

Sin duda puede decirse que el autor de este libro se halla especialmente dotado, por su formación, por su trayectoria, para abocar el tema que enuncia. Tal vez no sea exagerado afirmar que en sus trabajos anteriores hay ya un preanuncio de lo que aquí se propone: explicar la génesis y los rasgos estructurales de la guerrilla activa más antigua de América Latina. Si el texto se nos aparece como una historia de la guerrilla —y éste es uno de los rótulos a los que el editor acude queriendo destacar la objetividad del enfoque— de modo previo el autor nos había expuesto los elementos teóricos y explicativos en los que fundamenta su análisis como elementos para una sociología de la guerrilla.

No se trata, sin embargo, de ilustrar, menos aún de dirimir, la querrela sobre las diferencias de método entre las dos disciplinas. En procura de una genuina explicación se requiere de ambas. En nuestro caso el autor apela a ambas, con miras a sobrepasar las versiones existentes y colocarlas en su debida perspectiva. Hace falta entonces establecer las fuentes, contextualizarlas, acudir a aquellas hasta ahora no consultadas, contrastar las varias versiones sobre el mismo significativo, establecer períodos, en suma, reconstruir el proceso del cual esta guerrilla es resultado; además crear nexos con la sociedad de la que surge, aplicar una tipología que la singularice respecto de otras agrupaciones, diferenciar la base social de su reclutamiento, hacer explícito un principio de causalidad que la relacione, como resultado, con ciertos rasgos estructurales de la sociedad de la que ha surgido.

Y, ante todo, asumir los riesgos correlativos a la inmediatez y a la virulencia del fenómeno estudiado. Estilísticamente el primero implica que se es consciente de que, frente al curso si-

nuoso de una realidad que no se ha configurado a plenitud, cualquier tipología aparece como un ejercicio pedante, sin dejar de ser indispensable. Más inescrutable es el segundo, pues comporta que frente a la multiplicidad de actores y de intereses encontrados y, sin eludir los pronunciamientos concretos y predictivos que puedan incidir en los desarrollos inmediatos, se mantiene con todo la postura del analista, esto es, de quien es consciente de las mediaciones.

Ya en sus breves páginas el prologuista nos reitera un principio explicativo: la guerrilla resulta de la acelerada y traumática disolución de la comunidad rural. Traumática por lo exógena, determinada por medidas de política económica que no contemplaban estos efectos en el plano político y, de cualquier modo habiéndose llevado a cabo, es sobre los resultados, sobre sus secuelas, sobre lo que cabe una negociación.

Al recapitular la gestión de esta guerrilla, se hace hincapié en aquellos momentos de los que claramente se infiere que pudieron haberse evitado en su formación o su prolongación. Y entonces, en un despliegue de imaginación, en un alarde de los métodos de la contraactual history, podría uno representarse a Pedro Antonio Marín (más conocido como Manuel Marulanda Vélez) en calidad de supervisor —jubilado— de los inspectores de la sección general de Distritos de carreteras del Ministerio de Obras Públicas.

Pero la conclusión que se va obteniendo es la de que, si hubo ese momento, haberlo perdido es responsabilidad compartida. Conclusión que guarda semejanza con aquella otra que formularon los autores de *La Violencia en Colombia*: por acción o por omisión todos somos responsables. Lo que si bien no es mucho decir, cuando

de análisis se trata, decirlo y sobre todo demostrarlo, significa ya la superación de la unilateralidad, del maniqueísmo en el que se suelen inscribir estos análisis.

Si del origen de las FARC, en esa perspectiva analítica, resultan principalmente responsables quienes desde el mando político y militar de la época ofrecen un trato discriminatorio a ciertos núcleos guerrilleros por la ideología de la que son portadores, desatendiendo a las causas a las que obedecen, y se comprende entonces que lo que fue una operación exitosa —Marquetalia— fue a la vez un colosal error estratégico, esto es político. De su persistencia, mejor de su carácter supérstite, resultan principales responsables quienes, habiendo perdido horizonte estratégico, han rectificado sus métodos y, de lo que era medio que pudo haber sido lícito, han hecho un fin en sí mismo.

En fin, el interrogante básico que el libro busca absolver es cómo lo que fue un recurso táctico espontáneo, se convirtió en pieza de una estrategia y terminó siendo *La estrategia*, o el factor prevaleciente al menos.

Pizarro discute las interpretaciones deterministas simples y traslada a un conjunto de factores la explicación: globales unos (factores) como quiera que el esquema bipolar del periodo de la guerra fría se hizo presente y contribuyó a magnificar la ideología comunista de la que eran portadores algunos de esos núcleos guerrilleros; y para el gobernante de turno la presencia de ciertos comisarios e incluso lo exótico de ciertos alias (Mayor Lister, Timoshenko) se convertía, por difracción, en pruebas fehacientes de que lo que se dirimía en el suroccidente de Cundinamarca, al sur del Tolima o al noroccidente del Huila, era nada menos que el conflicto Este - Oeste; nacionales otros y, en este ca-

so, se trata de atribuir al cierre del sistema político, a la exclusión de alternativas políticas distintas a los dos partidos; y por último regionales, como quiera que los conflictos de tierras de aquellas regiones en las que surge la guerrilla y opera inicialmente, vienen a ser una condición favorable. Y para sustentar este último, Pizarro se apoya ampliamente en los trabajos de investigación histórica más recientes sobre la región de Sumapaz y el territorio de las llamadas Repúblicas Independientes (los de Elsy Marulanda y José Jairo González).

En esa perspectiva multicausal hay un aspecto del balance de Pizarro que resulta discutible: según su versión, la teoría, los referentes teóricos generales no han tenido participación directa. En otras palabras la combinación de todas las formas de lucha es una creación criolla, genuina, producto de la adaptación a las circunstancias colombianas; la teoría así resulta exonerada de una participación directa y la conflictiva tesis viene siendo la síntesis de la experiencia histórica concreta del Partido Comunista Colombiano y, en esa justa medida, original. A mi juicio, todo lo reafirmado merece reexaminarse pues la teoría nunca es tan inocente. Si Pizarro saca provecho de toda la literatura recientemente publicada, si emplea a fondo la información que trabajos testimoniales y de crónica histórica ponen a nuestra disposición, no lo hace en cambio con la literatura teórica que él mismo ha reseñado en su artículo "Elementos para una sociología de la guerrilla"; pero no se trata de una falla de erudición, la cuestión es de entidad pues se trata de uno de los textos de Lenin, que junto con sus notas de Clausewitz, Carl Schmitt, uno de los teóricos de la guerrilla, constituye "uno de los documentos más grandiosos de la historia universal y de la historia de las ideas"¹ en tanto significa un desarrollo claro y lógico de la noción de enemigo y de hostilidad absoluta, inherentes a ese tipo de lucha. Sin desconocer lo que hay de inspiración práctica en quienes la promueven inicialmente, en los cuadros urbanos que van

prestando una orientación y definiendo metas estratégicas.

Su importancia para nuestro caso radica en que allí aparecen, expuestas de modo catequético, bajo el título *La Guerra de Guerrillas* "los requisitos fundamentales que todo marxista debe exigir cuando se examina el problema de las formas de lucha"², y agrega:

de ahí que el marxismo no rechace incondicionalmente ninguna forma de lucha (...) sino que reconoce la inevitable necesidad de formas de lucha nuevas, desconocidas para quienes actúan en un período determinado y que surgen al cambiar la coyuntura social dada. (...) La social democracia europea considera, en el momento actual, que las formas fundamentales de lucha son el parlamentarismo y el movimiento sindical, pero en el pasado reconoció la insurrección y está plenamente dispuesta a reconocerla también en el futuro.

Y todavía:

La lucha guerrillera es una forma de lucha inevitable en tiempos en que el movimiento de masas ha llegado ya, de hecho, hasta la misma insurrección y en que se abren intervalos más o menos grandes entre las "grandes batallas" de la guerra civil"³.

Es lícito especular sobre lo que connotaría este texto leído en la Colombia de 1953, cuando el Partido Comunista estaba reducido a la ilegalidad, o en 1958 cuando tras el ascenso que representaba el plebiscito, la alternación excluía en definitiva cualquier opción distinta al bipartidismo, o cuando, en 1965 y en medio de una intensa polémica "sectaria, descamada y virulenta", como la califica Pizarro —con otras agrupaciones de izquierda y de oleada de simpatía hacia la Revolución Cubana— la dirigencia comunista discutía las "tesis sobre el movimiento armado" (Cfr: Anexas 6 y 7 del libro) y de allí proviene la directriz para la conformación de las FARC; período del que bien pudo haberse dicho es "uno de los intervalos más o menos grandes entre las grandes batallas de la guerra civil", y para el cual la teoría de Lenin y el

tono admonitorio en el que está expuesta ("los requisitos fundamentales que todo marxista debe exigir cuando se examina el problema de las formas de lucha") equivaldría a una genuina inflexión estratégica, una justificación teórica en toda la regla de la opción que finalmente se tomó, la lógica combinatoria, que aparece justificada en más de un pasaje del texto leninista.

Así sea modo hipotético, hablando en postpretérito, ese momento fundacional de las FARC amerita reexaminarse a esa luz, en todos sus significaciones y derivaciones posibles. El libro que comentamos en cambio concluye de un modo un tanto abrupto —y las últimas tres páginas (204-207) se caracterizan por un tono declamatorio y profético— como si hubiese una prisa por concluir; se abandona la postura analítica, saltando del año 66 (cuando se dejó el análisis) a las circunstancias más inmediatas del momento actual. Es allí donde se exige a la teoría de cualquier responsabilidad y se asevera de modo taxativo:

La tesis del partido comunista colombiano sobre la combinación de todas las formas de lucha, enfrentada a la euforia militarista que dominó en los años sesenta a nuestras naciones, no nació de un dogma marxista (...) La tesis de la combinación de formas de lucha constituyó un resultado histórico no calculado de antemano (p. 204).

Hay que darle, en cambio, a la teoría lo suyo y a los individuos concretos lo propio.

Para un trabajo posterior, al cual el lector queda cordialmente invitado ya que éste termina en punta, por así decirlo, se enuncia como temática el examen de ese período en el que se manifiesta "un cambio significativo en la composición social de las FARC", período del cual el propio Jacobo Arenas (Cese al fuego, p. 93) afirma se presentan "nuevas concepciones de orden financiero" y "un nuevo modo de operar" (Ibid., p. 121-122), y en el que la "lógica combinatoria" adquiere sus visos y manifestaciones actuales.

1 Cfr: el apartado "De Clausewitz a Lenin" en *El concepto de lo político - Teoría del Partisano*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1984. Mientras que allí Schmitt exalta la importancia de estos textos para la comprensión del alcance universal del fenómeno, Raymond Aron la refuta y la minimiza en *Penser la guerre, Clausewitz*, Editions Gallimard, p. 210 y ss.

2 Cfr: V. I. Lenin, *Obras Completas*, Tomo XI, Editorial Cartago, Buenos Aires, p. 207.

3 Ibid., p. 213.

Un atractivo indudable del libro es el soporte gráfico, fotos y mapas. Estos últimos indispensables —para cualquier estudio con pretensiones geopolíticas. Como lo demuestran los diálogos de Caracas para no mencionar a todos los teóricos e investigadores del tema— la cuestión de la cobertura territorial de la lucha guerrillera, de las características mismas del territorio, es una de las cuestiones cruciales de su significación estratégica. Sin em-

bargo faltó una revisión y cotejo cartográfico, y continúan deslizándose errores importantes; en todos los mapas de este libro, un sitio de la importancia de San Vicente del Caguán — incluido para comprender el proceso de expansión de la guerrilla— viene quedando a unos 80 km de su ubicación real y lejos del río Caguán.

Este es el primer trabajo que se propone, superando la crónica testimonial o

la apologética partidista, ofrecer una explicación genética y estructural de una guerrilla contemporánea; eso debería ser una recomendación en sí misma.

Fernando Cubides, sociólogo, profesor de la Universidad Nacional de Colombia.
